

## LA RESPONSABILIDAD DE LA ARQUEOLOGIA EN MEXICO

Por LAURETTE SÉJOURNÉ

A causa de los factores históricos que singularizan a este Continente, la arqueología mexicana adquiere una responsabilidad quizá no siempre suficientemente tenida en cuenta: librada a sí misma, sin ninguno de los apoyos que generalmente encuentra en otras partes, afronta un universo único por su riqueza y su originalidad, y que plantea, además, con urgencia vital el problema de su desciframiento.

Esto hace que el juego fascinante del descubrimiento o las engorrosas medidas y clasificaciones con las que se identifica su tarea, no constituyan, en este país, mas que los rudimentos que es necesario rebasar a fin de que el material del que uno se responsabiliza, no muera. Porque, que se efectúe en selvas románticas impregnadas de peligros, o en un polvoriento suburbio de la capital, el descubrimiento puede resultar tan inútil para la comprensión del pasado, como las nomenclaturas que reducen las obras a objetos inertes: privadas de su verdadera dimensión, no revelarán jamás nada de su naturaleza.

La dificultad consiste entonces en elevar la arqueología a la categoría de ciencia; de guardar el equilibrio entre la aproximación objetiva y minuciosa y una visión que someta sin cesar el detalle a un orden que lo trascienda.

Como en las ciencias naturales, esta visión es la de una totalidad de la que depende la partícula. Es claro que el análisis de un elemento cultural considerado fuera del conjunto de manifestaciones que lo acompañan es tan vano, como lo sería el estudio de una parte anatómica de la que se ignora el conjunto al que pertenece.

¿Cómo, en efecto, reconocer la validez de un método si no es en función de un todo al que la parte podría, gracias a él, integrarse? ¿Y cuál hipótesis de trabajo sería jamás susceptible

de despertar la observación de meras cualidades exteriores de un objeto? Se sabe, sin embargo, que sin el dinamismo de ese instrumento fundamental de la ciencia que es la hipótesis, todo método se convertirá fatalmente en técnica esterilizante. Supongamos lo que sería, aún hoy, la medicina sin el incesante esfuerzo de coordinar las investigaciones en relación, no tan sólo del hombre, sino del fenómeno de la vida misma.

No obstante, si lo absurdo que resultaría analizar un número incalculable de ojos, por ejemplo, sin preocuparse de conocer la situación de ese órgano en el rostro aparece instantáneamente, no es lo mismo en arqueología. Es que en las ciencias del hombre, el cuerpo del que se estudia la composición no está siempre dado de antemano. Cristalización de procesos ya no químicos sino espirituales, constituye un conglomerado de energías interiores tan vasto y tan sutil, que es fácilmente perdido de vista y el solo hecho de plantear la realidad de su existencia puede aparecer insensato.

De ahí la imposibilidad de reconstruir ese cuerpo por medio exclusivo del metro, de la pala y el zapapico. Pero, puesto que son las herramientas mismas del arqueólogo, no es provocar vanas polémicas el hacerlo responsable de tareas que no le incumben? Esta objeción es, en efecto, casi siempre valedera porque, en la mayor parte de los países, el sedimento espiritual de un pueblo se encuentra fijado en los escritos de sus poetas y pensadores. Por ello, el especialista en objetos puede ser útil aún sin una visión de conjunto: enfrentado con obras perfectamente situadas y comprendidas, como el Parthenon, por ejemplo, el arqueólogo puede, después de la exploración, dedicarse sin remordimiento a las apacibles mediciones y a la agradable convicción de la importancia que tiene develar al mundo el análisis químico de algunos tuestos.

Por poco que se sea sensible a la cultura, el universo prehispánico agita definitivamente esta buena conciencia, ya que sus vestigios reaparecen mudos, desprovistos de toda identidad, de toda explicación. Porque, además de la destrucción casi completa de los manuscritos, hubo la voluntad sistemática de aniquilarla moralmente a fin de justificar los abusos y las violencias que permitieron a la conquista española ser definitiva. Es decir, que a la falta de documentos, se agrega un cúmulo de calumnias, de falsas interpretaciones y de los más graves malentendidos.

Sin embargo, ¿cómo resolverse a abordar el impulso inimaginable y la gracia severa de Teotihuacan, o el recogimiento apasionado de las ciudades mayas, sin otro bagaje que inciertos girones cronológicos, datos concernientes a la alimentación y detalles técnicos cortados, por principio, de toda realidad existencial? ¿Cómo quedar indiferente al llamado de un arte prodigioso que se hace surgir de creencias primitivas ligadas a la satisfacción de necesidades orgánicas?

De ahí que muchos contempladores emocionados ensayaran fogosas síntesis, sin que ninguno, no obstante, haya logrado jamás una aproximación seria. Porque la impaciencia resulta, en este caso, tan nociva como la limitación: la médula no puede alcanzarse mas que después de haber recorrido, uno a uno, los caminos infinitos que llevan naturalmente a ella. Ahora bien, sólo el arqueólogo es susceptible, por su larga intimidad con los girones materiales más humildes, de penetrar en el secreto de esos caminos.

La complejidad de la arqueología mexicana reside, entonces, ante todo, en el hecho que, aunque indispensable, el descubrimiento de vestigios puede ser destructor si no está acompañado de un esfuerzo de resurrección. Sin esta voluntad de superación, el especialista deja invariablemente escapar las valiosas enseñanzas relativas a la vida espiritual que surgen bajo sus ojos en el curso de las exploraciones, destruyendo así, para siempre, la vitalidad de las únicas reliquias existentes de una tradición gloriosa. Porque no son únicamente los rasgos perecederos que pueden perderse, sino hasta expresiones tan concretas como la arquitectura; librados a técnicos sin visión cultural, los antiguos edificios son destinados —a causa de unas particularidades que presidieron su construcción— a ser irremediablemente convertidos en ruinas; en fragmentos arquitectónicos para siempre aislados de todo conjunto funcional.

A pesar de las dificultades que presenta la exploración, la verdadera prueba del arqueólogo mexicano comienza una vez que ésta ha terminado: el rescate, por el estudio del material descubierto, rescate que, solo, justifica las exploraciones. Esta tarea se singulariza por el hecho de que las ciudades precolombinas encierran, en general, avalanchas de fragmentos. El descubrimiento del edificio de Yayahuala, que efectuó en Teotihuacan, liberó más de un millón de restos de vasijas, figurillas en arcilla y objetos las más de las veces enigmáticos.

Apasionante cuando se llega a integrar este material en la totalidad de una estructura, esta etapa constituye un suplicio para aquellos que consideran los restos en sí, fuera de toda proyección cultural. Porque si la exploración ofrece al investigador superficial, por lo menos el llamado inmediato del posible descubrimiento, los tuestos aislados aparecen como tema exclusivo de juegos técnicos vacíos de sentido humano. De ahí que sean frecuentemente despreciados hasta el abandono, o sean el objeto de tratados herméticos, sin la menor liga con la civilización que se trata de comprender.

Los conocimientos que encierran estos destritus son, sin embargo, inapreciables. Como un libro destrozado del que cada pedazo podría contener una palabra esencial para la comprensión del conjunto, todo fragmento es susceptible de revelar una divinidad, un jeroglífico, una creencia. Por otra parte, la estilización de un motivo, una técnica decorativa, o la calidad de una arcilla, pueden precisar cronologías, subrayar contactos, descubrir realidades históricas.

De hecho, verdadero análisis biológico de ese cuerpo social y cultural que es una ciudad, el estudio de los tuestos representa la única base de una aproximación seria. La dificultad de su realización reside en la extrema complejidad de ese cuerpo gigante cuyas moléculas, en número astronómico, pertenecen al dominio a la vez de la materia y del espíritu. La dependencia de esos dominios entre ellos es tan inextricable, que es únicamente por su constante confrontación que los tuestos serán susceptibles, al cabo de infinitos recuentos y clasificaciones, de pasar al estado de materia viva. Una vez vencida la inercia, la simple observación de su movimiento a través de una cultura, será una sorprendente fuente de enseñanzas.

La ambición de este trabajo es, nada menos, tratar de hacer una demostración práctica del funcionamiento de los tepalcates en el organismo sometido al análisis; de intentar probar que, lejos de ser un simple pasatiempo cortado de toda realidad concreta, su estudio es susceptible de aportes fundamentales para la vida de una nación. Para facilitar la tarea, nos limitaremos sin embargo, al aspecto físico de la civilización precolombina, a ese esqueleto social que es la cronología. Esto permitirá comprender mejor el papel que incumbe en México a la arqueología, ya que estos datos elementales, generalmente conocidos, se revelan tan vagos como las más sutiles esencias.

Además de la rareza de los documentos escritos, existe la circunstancia de que los Anales existentes fueron redactados en el siglo XVI a base de antiguos libros jeroglíficos concebidos como ayuda-memoria y que, privados de la tradición oral para la que habían sido hechos, se convirtieron en verdaderas adivinanzas. Que se piense en la dificultad de alcanzar una síntesis histórica de alguna coherencia con documentos escritos en pequeñas frases secas —traducción literal de ideogramas— que ofrecen una cronología variable muchas veces en centenares de años de un manuscrito al otro y donde los mismos nombres de ciudades y personajes se repiten indefinidamente.

Lo que pone mejor en evidencia la ambigüedad de los textos es la confusión que, desde antes de los aztecas, reina acerca de la patria de la cultura mexicana. Tratemos de examinar esto.

El pasado indígena se divide netamente entre dos grandes fases: un milenio que crea una unidad cultural continental; cinco o seis siglos guerreros, despedazados por incesantes luchas, que se limitan a adaptar los antiguos modelos a la nueva ideología de dominación política.

El período de transición que liga estas dos fases entre sí, comienza hacia el siglo IX, con la llegada de tribus nómadas denominadas globalmente *chichimecas*, término sinónimo de *bárbaros*. Primero apaciblemente integrados al seno de los *civilizados* (toltecas), fundamentalmente universalistas, los *bárbaros* (chichimecas) continúan llegando en oleadas al Altiplano durante siglos, hasta romper las relaciones de fuerzas: de minoría inculta pero supersticiosamente respetuosa de una realidad social y espiritual para ellos inimaginable, los *bárbaros* (chichimecas) terminaron por desbordar esta realidad sometiendo el alto pensamiento que formaba su base a la indigente mentalidad primitiva.

Los Anales se inician en ese momento de transición, cuando los *bárbaros* comienzan a intervenir en el destino del Altiplano. De ahí que este período sea designado por la curiosa conjunción de epítetos contradictorios: *civilizados-bárbaros*.

La Historia *Tolteca-Chichimeca* (título de uno de los escritos capitales relativos a esta época), refleja la absoluta dependencia de los recién llegados, hacia la antigua tradición: sus jefes tomarán hasta el infinito sus nombres de los prestigiosos *toltecas* (civilizados) con los que aspiran a confundirse; sus centros serán siempre nuevas *Tula*.

El siguiente pasaje extraído de la obra de un cronista español (Gabriel de Rojas, *Descripción de Cholula*, 1581) es un buen ejemplo del enredo de que padece el americanista:

“A esta ciudad llaman los indios TULLAM CHOLULLAM TLACHIUHAL-TEPETL y también TOLLAM CHOLOLLAM... También dizen los indios que los fundadores desta ciudad vinieron de un pueblo que se llama TULLAM, del cual, por ser muy lejos y haber mucho tiempo, no se tiene noticias; y que de camino fundaron a TULLAM, 12 leguas de México, y a TULLAMTZINCO, también cerca de México, y que vinieron a parar a este pueblo y también le llamaron TULLAM.”<sup>1</sup>

El desciframiento de estos enigmas es tanto más laborioso porque existen dos factores suplementarios de malentendidos: de una parte, la ausencia —cuyas causas, demasiado complejas, no pueden ser tratadas aquí— de documentos históricos concernientes al milenio constructor; del otro, la rápida integración de los *bárbaros* a los *civilizados*. Porque en su afán de olvidar sus orígenes oscuros, los héroes *chichimecas* ascenderán pronto al rango de *toltecas* a secas. Esto hará que, al cabo de algunas generaciones, sea difícil, en las Crónicas, diferenciar entre las *Tula*, los *Queztlcoatl* o *Topiltzin* de la fase creadora y sus versiones armadas de los siglos guerreros. En efecto, aun admitiendo razonablemente, como lo hace el Cronista del siglo XVI, la existencia de una Tula primordial, es decir puramente *tolteca*, la antigua ciudad de la cual “por haber mucho tiempo, no se tiene noticia”, se fue insensiblemente perdiendo en las brumas de la leyenda.

El peligro que implica este alejamiento de las fuentes no reside en el desorden de las fechas, más bien estimulante para la investigación, sino en el progresivo desconocimiento de la civilización en conjunto: al olvidar las verdaderas obras *toltecas* ya sepultadas, habrá de más en más tendencia a confundirlas con expresiones tardías que, en verdad, traicionan su mensaje. A los ojos de la sociedad de *civilizados-bárbaros* del siglo XIV —ruda, ignorante de las raíces culturales y únicamente preocupada por sobrevivir— una Tula *chichimeca* de doscientos años de antigüedad podía representar toda la tradición. Es decir, que el error no resulta nocivo más que en la medida en que se escamotea el aporte fundamental del pasado. Es claro, por ejemplo, que lo que privaría a la experiencia

<sup>1</sup> Citado por Paul Kirchof: “Los pueblos de la Historia Tolteca-Chichimeca”. *Revista mexicana de estudios antropológicos*, México, 1940, p. 92.

griega de su sentido no sería una inexactitud cronológica acerca de la Atenas de Pericles, sino la identificación de sus obras con las de una ciudad greco-romana. Ahora, aunque el mundo prehispánico haya guardado más allá de su aniquilamiento mismo una veneración absoluta hacia los lejanos creadores de su civilización, es probable que, falto de conocimientos arqueológicos, haya frecuentemente confundido a los Fidias *toltecas* con infieles imitadores. Porque debe recordarse que cuando los *chichimecas* comienzan a vivir políticamente —en el momento en que los Anales inician sus Crónicas— todos los centros pertenecientes al milenio constructor habían sido ya abandonados.

Es el maravilloso privilegio de la arqueología haber podido franquear el umbral de un universo que permaneció desconocido aún de aquellos mismos que le debían su existencia; un universo cuya inspiración vibra todavía a través de sus ruinas.

Desde el fin del siglo último, las fuentes desaparecidas de la antigua cultura se hicieron visibles cuando los monumentos comenzaron a ser objeto de estudio. La primera síntesis histórica sería, basada en la observación de los vestigios, es debida al gran americanista Eduardo Seler (1849-1922) el cual, al cabo de una larga vida de intenso trabajo, llegó a precisar lo que los siglos guerreros no habían podido conocer: el emplazamiento y la naturaleza de la capital civilizadora.

Lógicamente la más antigua, esta debía ser también la que reuniera los elementos principales de la cultura *tolteca*, tales como resultan de los textos y del material arqueológico. Como estas condiciones están cubiertas por Teotihuacan con una exactitud inesperada, es a este centro que Seler identifica con la *Tula* originaria.

Quedaba por someter esta conclusión al análisis técnico de los tiestos. Una nueva teoría —formulada hace exactamente veinte años y sobre la que no volveremos por haber expresado ya nuestro desacuerdo<sup>2</sup>— que colocó otra vez la capital *tolteca* en plena época *chichimeca*, situó este análisis bajo el signo vivificante de un problema a resolver. Porque es verdad que sin el apoyo de lo que se ha revelado ser una fecunda hipótesis de trabajo, los resultados de las recientes exploraciones estarían lejos de ser tan claros.

<sup>2</sup> Laurette, Séjourné: *Pensamiento y religión en el México antiguo*. Fondo de Cultura Económica, México, 1957.

*El periodo de transición*

La arqueología permite un primer paso decisivo comprobando que, por valioso que sea, el cuadro histórico que presentan los Anales peca de un grave error de perspectiva, porque los vestigios descubren que la fase esencial del pasado precolombino no es el de las rudas acciones *chichimecas* expuestas a la luz de la historia, sino las que los Cronistas consideran una edad fabulosa, sin el menor peso social.

Esta toma de conciencia hacia los textos es importante porque determina la marcha de las investigaciones con una precisión ineludible: reconstituir la verdadera historia exclusivamente a base de los restos arqueológicos, ya que es evidente que por ricos en fechas y nombres propios que sean, los siglos guerreiros no son más que el remate desprovisto de sentido en sí, de una grandiosa evolución histórica.

Desde que el estudio ha permitido una visión de conjunto del milenio creador, resulta claro que el momento más rico en enseñanzas es el que preside la lenta disgregación de un orden que debió parecer eterno. Discernible a través de muchos indicios, este momento es, en efecto, aquél que, al poner en vivo relieve las fuerzas en juego, es susceptible de hacerlas comprender.

Frente al incesante aumento demográfico en un mundo cerrado que había alcanzado un máximo desarrollo; a la irrupción de los nómadas que rompían el equilibrio económico y cultural y a la voluntad de dominación política que introdujeron los *chichimecas*, el antiguo orden devela mejor su inmensa capacidad de organización, su profundo humanismo, la trascendencia de sus metas.

Enfrentado a esta grandeza espiritual que será roída hasta sus últimas partículas con la vana esperanza de apropiársela, el nuevo orden —el de los Anales— develará el materialismo de una sociedad elemental que desembocará fatalmente en el afán destructor de los aztecas.

El fenómeno que particulariza mejor la experiencia mexicana es un universalismo militante que, en algunos siglos, transforma un territorio de más de dos millones de kilómetros cuadrados en una vasta unidad cultural. Estrechamente ligado al dinamismo de un pensamiento para el cual el destino del hom-

bre consistía en rendir cuenta, en el devenir universal, de una dimensión del ser, este universalismo tenía por fin la transfiguración total de la naturaleza.<sup>3</sup>

Lo que más sorprende en esta experiencia tal vez única, es la precisión con la que fue concebida y realizada. Al conocer, por ejemplo, el papel de metrópoli que desempeñó Teotihuacan entre los siglos v y vi, en un momento en que Mesoamérica era ya una constelación de ciudades, la extrema amplitud de sus espacios ceremoniales aparece natural. No es lo mismo si se piensa en que esas plazas y avenidas hechas para inmensas multitudes fueron planificadas en un continente no sólo desprovisto aún de centros urbanos, sino también del mensaje que dio vida a la Ciudad de los Dioses. Es decir que, en lugar de responder a una necesidad tangible —representar comunidades ya existentes—, Teotihuacan surgió de la idea de un improbable universo convertido al humanismo del profeta americano. Porque, además de su indiscutible antigüedad sobre todas las otras ciudades, existe el hecho de que, a medida que la descentralización se opera, Teotihuacan se debilita.

La arqueología observa los comienzos de su declinación por la evidencia de un desplazamiento de la autoridad. Entre los siglos ix y x, dos lugares se erigen en centros políticos y religiosos, escindiendo la unidad mesoamericana mantenida hasta entonces por la metrópoli del Altiplano: Chichen-Itza en el norte de Yucatán; Culhuacan, a unas decenas de kilómetros de Teotihuacan, las dos de filiación tolteca. Porque es de observar que a pesar de la diversidad étnica que integra la civilización del antiguo México, es siempre entre los descendientes de la Ciudad de los Dioses (descendientes ya integrados a los mayas para la primera y directos para la segunda) que quedará la autoridad hasta la Conquista española. La unidad no será restablecida hasta el fin del siglo xv, de nuevo bajo la égida del Altiplano, pero esta vez por la fuerza de las armas. De ahí su patética fragilidad interna frente a los invasores europeos.

Como no existe un estudio sistemático de los tuestos de Chichen-Itza, esta no puede ser situada cronológicamente mas que por medio de los textos que por fortuna son tan numerosos y claros que han permitido al gran mayista Silvanus Morley formular esta síntesis:

<sup>3</sup> Desarrollamos ampliamente este tema en *El universo de Quetzalcóatl*, Fondo de Cultura Económica, México, 1962.

“En un kátun 8 Ahau de la Cuenta Corta... (928-948), varios grupos de gentes de habla maya, algunos de los cuales por lo menos eran itzaes, aunque otros que obedecían a un jefe llamado Kukulcán eran con toda certeza de origen mexicano (de la meseta central), que habían estado viviendo en lo que es actualmente el sudoeste de Campeche... por espacio de dos a dos y medio siglos, comenzaron a moverse lentamente hacia el nordeste a través de la península, y, después de cuarenta años de peregrinación durante los cuales las crónicas indígenas consig-nan con lenguaje pintoresco que este grupo de itzaes mexicano se hallaba ‘bajo los árboles, bajo la maleza, bajo los bejucos, sufriendo’, llegaron a Chichen-Itzá donde fijaron su capital en un kátun 4 Ahau (968-987)...”<sup>4</sup>

Es decir, que la ciudad maya que es Chichen-Itza hasta el siglo v, no se convierte en capital más que bajo el impulso de los mexicanos mayanizados.

En cuanto a Culhuacan, la Historia *Tolteca-Chichimeca* la señala como el único centro que detenta la autoridad política y social: es en función de la voluntad de sus reyes que se modela el destino de los *chichimecas*; es contra ella que éstos luchan cuando gozan de un mínimo equilibrio de fuerzas. Por otra parte, son las mujeres de Culhuacan en su calidad de esposas o institutrices las que transmitieron a los bárbaros ya en el poder, la lengua y la tradición tolteca; como descendientes de los toltecas de Culhuacan, los señores del siglo xv establecen el origen de su nobleza.

A pesar de esta aureola, Culhuacan es insignificante comparado con Teotihuacan. Sus dimensiones nos son tan desconocidas como sus monumentos, pero el estudio de la cerámica denuncia ya el debilitamiento del impulso creador que será el signo característico de los siglos guerreros; esa fase que, más que por los aportes personales, se define por la desaparición de elementos culturales hasta entonces florecientes: pintura al fresco, tanto mural como sobre vasos; multitud de formas y de técnicas decorativas de la cerámica; fabricación en masa de objetos y figurillas en piedra y en barro cocido; sorprendente variación de matices y de consistencias de arcillas sabiamente trabajadas.

Hasta el renacimiento que tendrá lugar en Texcoco y en Tenochtitlan al fin del siglo xv, el centro de México conocerá principalmente dos únicos tipos de cerámica: una, en barro ocre, está

<sup>4</sup> Sylvanus Morley: *La civilización maya*, Fondo de Cultura Económica, México, 1953. Página 192.

decorada con motivos pintados en rojo; la otra, en un barro anaranjado, está pintada en negro.

La presencia de esta cerámica en los tres lugares post-clásicos conocidos hasta ahora —Culhuacan, Tenayuca y Tula-Hidalgo— es tan constante que revela ser un rasgo de la época *chichimeca* tan determinante como un lenguaje escrito. Tratemos de delimitar su existencia observando el movimiento de su evolución.

eD las tres ciudades citadas, Culhuacan es la más antigua. Y esto no sólo a causa de que un cronista de la talla de Chimalpain la sitúe en el siglo VII<sup>3</sup> —todavía en plena fase clásica— sino porque ella representa explícitamente, además, el lugar en el que los jefes de las hordas cuyos descendientes serán los reyes de Tenayuca y de Tula-Hidalgo tomaran contacto con la civilización.

Los Anales hacen remontar la fundación de Tenayuca “a fines del siglo XI o principios del XII.”<sup>4</sup> Por otra parte, visto que Tula-Hidalgo es la obra del hijo de un *chichimeca* que no llegó al Altiplano hasta el siglo X<sup>5</sup> su fundación no puede razonablemente colocarse antes de los comienzos del siglo XI. Además, la interminable sucesión de acontecimientos que este personaje preside —entre los cuales figuran nada menos que el nacimiento y la muerte de varias capitales de imperios<sup>6</sup> sugiere una descendencia mucho más indirecta. Porque es improbable que el ritmo que rige la creación y el desarrollo de un conjunto social tan complejo como una ciudad, marche al par del ritmo natural de la vida física de un solo individuo.

Por confusos que sean los testimonios de los Anales, las tres ciudades que jalonan la era *chichimeca* están determinadas en una clara secuencia cronológica gracias a los restos de cerámica. A fin de recorrer esta secuencia, comencemos por el examen de los tiosos pintados en negro cuyo carácter post-clásico está reconocido desde mucho tiempo.

<sup>3</sup> C. Chimalpahin: Das memorial Breve acerca de la fundación de la Ciudad de Culhuacan, W. Kohlhammer Verlag, Stuttgart, 1958.

<sup>4</sup> “Tenayuca”, Estudio arqueológico de la pirámide de este lugar. México, 1935, p. 5.

<sup>5</sup> Jiménez Moreno: “Guía arqueológica de Tula”, México, 1945, p. 12.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 13.

### *Culhuacan*

Encontrada en Culhuacan en cantidades considerables durante las exploraciones efectuadas en 1911 bajo la dirección de los doctores Franz Boas y Manuel Gamio,<sup>7</sup> esta cerámica ha gozado de una clasificación que determina la existencia de tres estilos: uno, formado por dibujos de líneas y, a veces, con figuraciones naturalistas (Figs. 1 y 2); otro, con tendencias a la abstracción (Fig. 3); y un tercero de líneas delgadas que introduce figuras francamente geométricas (Fig. 4).

Estimando que la tendencia a la abstracción y la delgadez de líneas representa una etapa de evolución superior, los investigadores establecieron tres grupos que denominaron respectivamente Azteca I, Azteca II y Azteca III. La razón de este anacronismo —la llegada de la tribu azteca al Altiplano es varios siglos posterior y únicamente el Azteca III parece contemporáneo de Tenochtitlan— se explica, tal vez, por la voluntad de subrayar que esta cerámica que perdurará hasta la Conquista, señala el advenimiento de un orden que no alcanzará una expresión propia mas que hasta el apogeo de los aztecas. En efecto, totalmente ausente de la gran fase creadora, ella recubrirá un período que no se salvará de la falta de vitalidad artística más que gracias al medio siglo de esplendor tenochca.

### *Tenayuca*

El descubrimiento de la pirámide de Tenayuca —iniciada por la Dirección de Antropología en 1925 y dirigida durante varios años por un brillante equipo de especialistas mexicanos— aportó un material en muchos aspectos parecido al de Culhuacan, con una neta preponderancia de cerámica pintada en negro. Un minucioso estudio de los tiestos permitió al profesor Eduardo Noguera concluir que el tipo que caracteriza a la pirámide es el designado Azteca II.<sup>8</sup> Aceptando la anterioridad del Azteca I establecida por Manuel Gamio, Eduardo Noguera situó entonces a Tenayuca como posterior a Culhuacan donde este tipo de cerámica abunda.

<sup>7</sup> Manuel Gamio y Franz Boas: *Album de colecciones arqueológicas*, Escuela Internacional de Arqueología, Imprenta del Museo Nacional, México, 1911.

<sup>8</sup> *Tenayuca*, obra citada.



FIG. 1. Ejemplares del Azteca I.

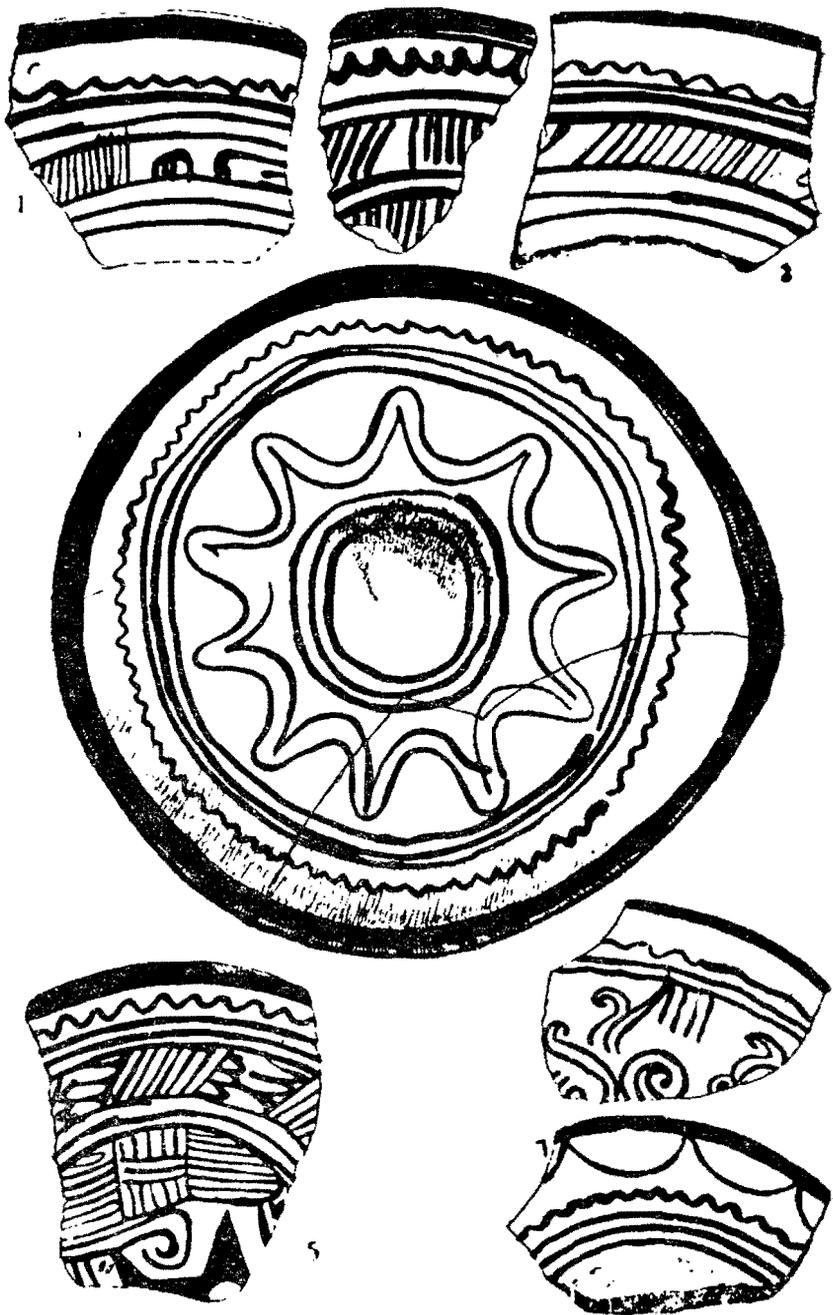


FIG. 2. Ejemplares del Azteca I.

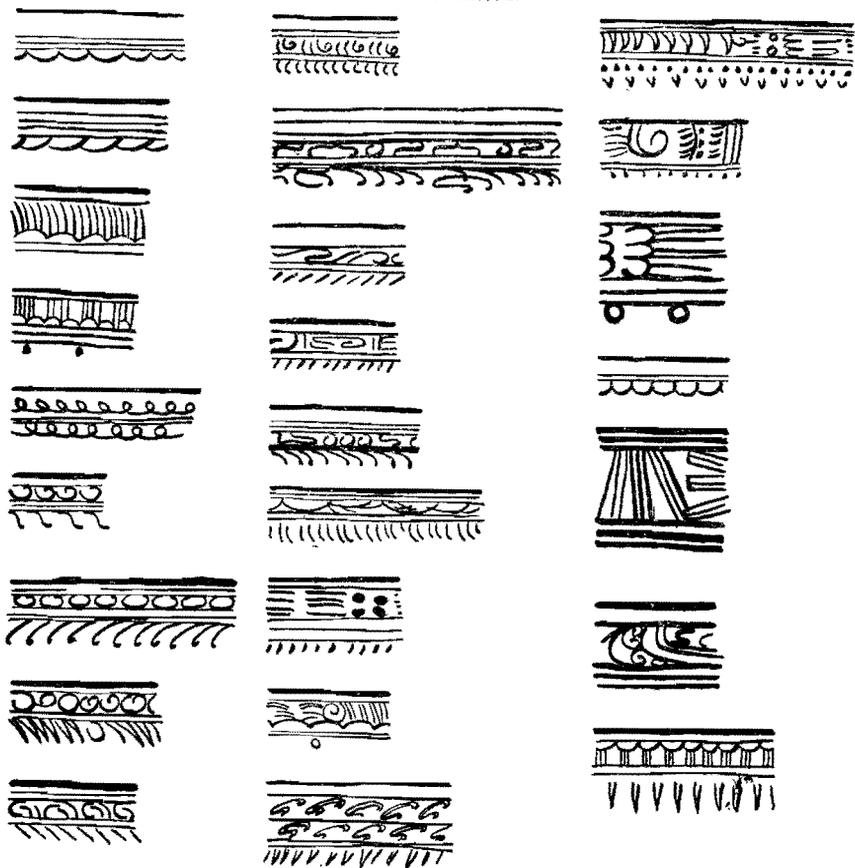
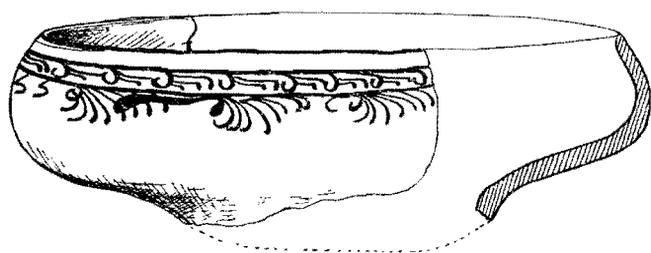


FIG. 3. Motivos característicos del Azteca II.

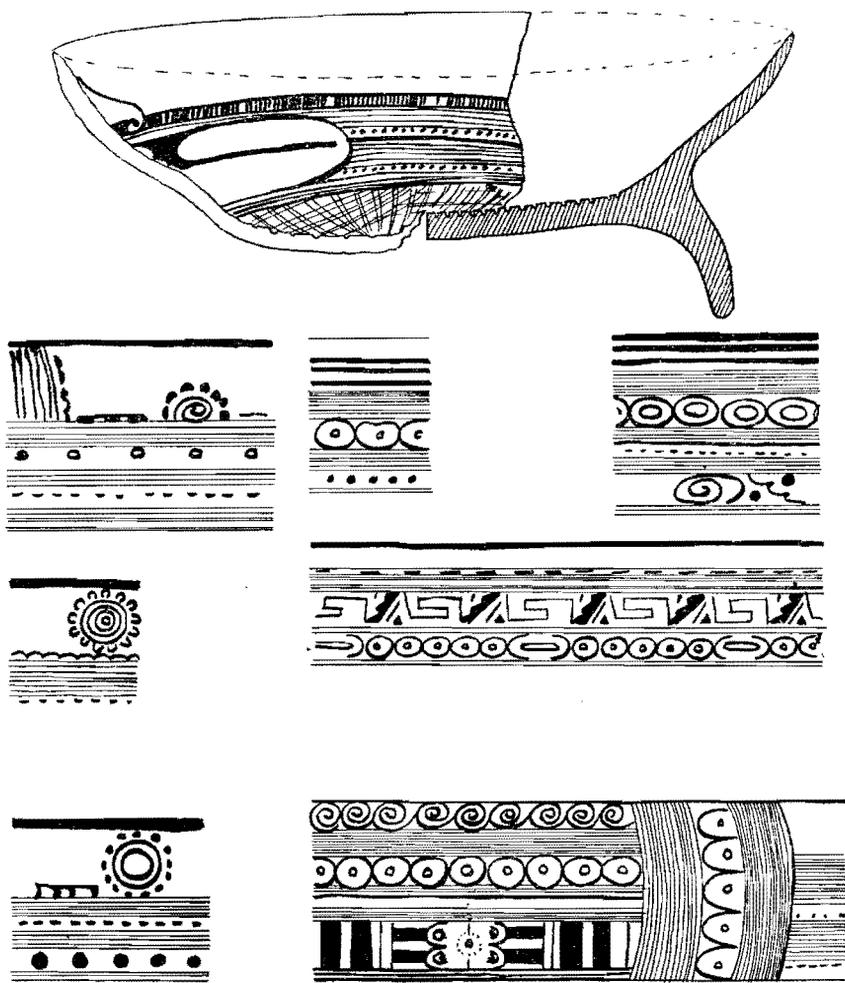


FIG. 4. Motivos característicos del Azteca III.

Esta prioridad cronológica de Culhuacan está igualmente puesta en relieve por el material obtenido en treinta pozos estratigráficos efectuados en 1959 por el Instituto de Antropología en varios puntos del Convento de esta localidad. En todos los niveles, los tiestos pintados en negro se encuentran mezclados a abundantes restos específicos de Teotihuacan,<sup>9</sup> tales como algunos tipos de figurillas y ciertas técnicas decorativas, así como dos cerámicas que no sobrevivieron al clásico: una, anaranjada, fina e increíblemente ligera; la otra, rosada, espesa y de una singular porosidad.

El esclarecimiento que es susceptible de aportar la prueba de la fusión de dos fases culturales hasta ahora sin liga concreta es tan importante, que sería indispensable proseguir las excavaciones antes que este suburbio de México que es hoy Culhuacan sea recubierto de edificios. De todos modos, el material conocido demuestra que, anterior a Tenayuca y Tula-Hidalgo, Culhuacan debe ser, lógicamente, el lugar de origen de la cerámica pintada en negro con sus diversas estilizaciones.

### *Tula-Hidalgo*

Observemos ahora la aparición de esta cerámica en Tula-Hidalgo. Dos factores facilitarán aquí nuestra tarea: la existencia a la vez de sondeos estratigráficos y la guía inapreciable que significan los pisos de las construcciones.

Se conoce el método según el cual un lugar dado es susceptible de revelar sus diferentes épocas de ocupación: partiendo de la superficie, el terreno es rebanado en capas sucesivas y el material extraído de cada una de ellas es cuidadosamente separado a fin de que su estudio pueda detectar el menor cambio de carácter que pudiera aparecer entre una capa y la otra. Inútil es decir que la superficie contiene los restos más recientes, las capas profundas los más antiguos y las intermedias denuncian los estados evolutivos que van de un extremo al otro.

Sin embargo, dada la posibilidad de la remoción de las capas en un lugar habitado, la estratigrafía cultural no ofrece nunca una garantía absoluta. De ahí la ayuda inestimable de los pisos que, impidiendo toda mezcla, aseguran la autenticidad de la sucesión cronológica.

<sup>9</sup> L. Séjourné: Informe al Instituto N. de Antropología e Historia de México. (Inédito.)

Es claro, por ejemplo, que salvo muy raras excepciones —un tiesto sobre varios millares en Teotihuacán— la vajilla que se encuentra arriba de un piso no puede provenir más que de los habitantes de la casa que el arqueólogo descubre; puesto que es improbable que estos se hayan servido de platos cuyos vestigios estuvieran, ya desde entonces, enterrados bajo sus pies. Por otra parte, la presencia o la ausencia bajo el piso, de la cerámica ligada a la vida de la casa determinará el grado de parentesco cultural con los constructores.

De hecho, estas simples verificaciones representan verdaderas leyes. Porque es únicamente teniéndolas escrupulosamente en cuenta, que el investigador estará capacitado para establecer una relación lógica entre los tiestos y los ocupantes de una ciudad.

En las tablas establecidas por el arqueólogo Jorge Acosta (Núms. 1, 3 y 4), las capas varían entre 20 y 50 centímetros, salvo la primera —de 80 centímetros— formada por todo el espesor de tierra que separaba el piso de la superficie del terreno.

Es decir, que hasta los 80 centímetros estamos con los restos de los que habitaron la casa; debajo, con los de los constructores o sus antecesores.

Si se descarta el rubro de las ollas, marcado con la letra A, —la más voluminosa y anónima— se comprueba, primero, que los tiestos que forman el conjunto homogéneo más importante son aquellos que, bajo los rubros I, J, K, L, figuran como Aztecas. Enseguida que, entre éstos, el grupo III predomina ampliamente sobre el II, mientras que el I de Culhuacan está completamente ausente.

Esta situación indica con claridad que los edificios de Tula-Hidalgo son posteriores a los de Tenayuca, ya que éstos encerraban todavía un cierto número de Azteca I y que el Azteca III estaba escasamente representado.

Por otra parte, examinando el material proveniente de debajo de los pisos, se comprueba que la cerámica Azteca aparece a diversas profundidades. Ahora bien, la presencia aunque fuera de un único tiesto —y hay varios de ellos a diferentes niveles— señala que el uso de esta cerámica es anterior a la construcción de la casa bajo la cual se encuentran enterrados. Es igualmente notable que la distribución de los tipos Aztecas es aquí parecida a la de los escombros: ausencia del I y pre-

## EXPLORACIONES EN TULA, HGO., 1940

TABLA 1

## Cala 1

Profundidades	280	260	240	220	200	180	160	140	120	100	80	0	Total
	300	280	260	240	220	200	180	160	140	120	100	80	
A. Ollas .....	30	176	19	73	113	118	221	233	228	254	212	1006	2680
B. Café pulido con 3 soportes y decora- ción roja .....	3	9	3	4	11	23	50	24	18	15	28	50	238
C. Café pulido con 3 soportes y decora- ción negativa ....	0	0	0	1	0	0	0	0	2	2	0	0	5
D. Café pulido, fondo plano sin soportes.	3	8	8	11	29	17	13	3	12	4	11	217	327
E. Ocre con decora- ción de líneas ro- jas onduladas ...	0	3	7	10	14	11	4	4	3	0	1	3	60
F. Ocre con slip o pintura blanca con decoración roja ..	0	0	0	0	0	0	0	0	0	3	0	0	3
G. Crema con slip na- ranja a brochazos.	0	1	2	3	7	13	39	11	26	23	38	108	271
H. Plumbate (de color naranja) .....	0	0	0	0	0	0	1	0	0	1	1	0	3
I. Barro anaranjado sin decoración. (Az- teca) .....	0	2	0	2	6	3	7	12	11	21	52	453	569
J. Anaranjado con de- coración negra. (Azteca 2) .....	0	1	0	0	1	0	0	4	5	10	9	58	88
K. Anaranjado con de- coración negra. (Azteca 3) .....	0	0	0	0	0	6	3	2	1	6	16	130	164
L. Anaranjado con de- coración negra. (Azteca 4) .....	0	0	0	0	0	0	0	0	0	3	0	41	44
M. Slip rojo con de- coración negra ...	0	0	0	0	0	1	2	0	1	0	6	88	98
N. Slip rojo con de- coración en negro y blanco .....	0	0	1	0	1	0	2	0	6	8	17	60	95
Total.....	36	200	40	104	173	192	342	293	313	350	391	2211	4645

## EXPLORACIONES EN TULA, HGO., 1940

TABLA 3

## Pozo 2

Profundidades	315	295	275	255	235	215	195	160	140	120	100	80	0	Total
	335	315	295	275	255	235	225	195	160	140	120	100	80	80
A. Ollas .....	84	92	70	117	58	125	125	143	52	108	67	220	335	1387
B. Café pulido con 3 soportes y decora- ción roja .....	12	11	7	12	13	9	9	13	4	5	10	10	46	170
C. Café pulido con 3 soportes y decora- ción negativa ....	7	5	4	2	2	3	1	3	18	6	1	7	5	64
D. Café pulido, fondo plano sin soportes.	14	13	9	8	15	23	20	22	12	15	8	27	29	205
E. Ocre con decora- ción de líneas ro- jas onduladas ...	21	20	19	15	37	17	7	19	3	5	3	9		2177
F. Ocre con slip o pintura blanca con decoración roja ..	4	1	4	0	2	15	12	3	2	25	14	24	26	132
G. Crema con slip na- ranja a brochazos.	5	0	0	0	0	1	0	2	0	3	0	6	64	31
H. Plumbate (de color naranja) .....	0	1	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1
I. Barro anaranjado sin decoración. (Az- teca) .....	0	0	1	0	2	0	2	2	0	0	0	7	96	110
J. Anaranjado con de- coración negra. (Azteca 2) .....	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
K. Anaranjado con de- coración negra. (Azteca 3) .....	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	25	26
L. Anaranjado con de- coración negra. (Azteca 4) .....	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
M. Slip rojo con de- coración negra ...	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	7	7
N. Slip rojo con de- coración en negro y blanco .....	0	9	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	10
Total.....	147	152	114	184	129	193	176	207	91	148	103	299	637	2570

## EXPLORACIONES EN TULA, HGO., 1940

TABLA 4

Pozo 3

	240	230	200	160	140	100	80	0	Total
Profundidades ...	260	240	220	200	160	140	100	80	
A. Ollas .....	16	17	47	131	32	80	14	125	462
B. Café pulido con 3 soportes y decora- ción roja .....	1	0	3	24	0	1	5	6	40
C. Café pulido con 3 soportes y decora- ción negativa ....	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D. Café pulido, fondo plano sin soportes.	4	4	0	7	0	6	1	26	48
E. Ocre con decora- ción de líneas ro- jas onduladas ...	2	4	18	8	2	2	0	0	36
F. Ocre con slip o pintura blanca con decoración roja ..	0	0	15	3	3	0	0	21	42
G. Crema con slip na- ranja a brochazos.	0	0	0	11	0	3	3	27	44
H. Plumbate (de color naranja) .....	0	0	0	0	0	0	0	0	0
I. Barro anaranjado sin decoración. (Az- teca) .....	0	0	2	1	1	0	0	65	69
J. Anaranjado con de- coración negra. (Azteca 2) .....	0	0	0	0	0	0	1	1	2
K. Anaranjado con de- coración negra. (Azteca 3) .....	0	0	0	0	0	1	1	32	34
L. Anaranjado con de- coración negra. (Azteca 4) .....	0	0	0	0	0	0	0	0	0
M. Slip rojo con de- coración negra ...	0	0	0	0	0	0	0	8	8
N. Slip rojo con de- coración en negro y blanco .....	0	0	0	0	0	0	0	17	17
Total.....	23	25	85	185	38	93	25	328	802

ponderancia, aunque menos acentuada, del III sobre el II de Tenayuca.

Las conclusiones cronológicas que impone el análisis de las tablas, son las mismas que las de exploraciones de años posteriores, ya que Jorge Acosta confirma en varias oportunidades en sus informes la superioridad del Azteca III en las edificaciones:

“El material fue recogido por capas convencionales de 0.50 mts. con excepción de la primera que fue de 0.80 mts., profundidad a la que se encontró un piso de estuco que corresponde a una plataforma. La primera capa no es más que una acumulación de escombros, depositado después de la destrucción de los edificios. Solamente encima de dicho piso (el único encontrado en todo el corte) aparece la cerámica Azteca (tipo III)... Debajo del piso y hasta llegar a la roca, no hay un solo fragmento de cerámica Azteca; sólo hay tepalcates del complejo Tula-Mazapa y del llamado tipo Coyotlatelco...”<sup>11</sup>

La superioridad de la cerámica Azteca en Tula es, además, inmediatamente visible en el museo de esa zona arqueológica donde todo el material expuesto, salvo una minúscula parte, pertenece al Azteca.

Sólo que, guiado por una extraña lógica, Acosta trata de convencerse de que la cerámica pintada en negro que encuentra debajo de los pisos es posterior a la ocupación de la ciudad.<sup>12</sup> Varios datos demuestran la fragilidad de este razonamiento.

Primeramente, sería necesario para ello, que no hubiera, en efecto, *ni un solo fragmento* de cerámica Azteca debajo del piso. Hemos visto, sin embargo, que los cuadros cronológicos establecidos por este arqueólogo señalan la presencia de esos tiestos en la capa que precede a la roca, a más de dos metros debajo del piso.

Luego, es olvidar la más elemental de las lecciones de la arqueología, porque —vista la imposibilidad de que una ciudad pueda ser recubierta de restos de cerámica por hordas que se limitan a destruirla— no existe ningún centro donde los tiestos se hayan, en su conjunto, revelado extraños a los monumentos a los cuales se encuentran asociados. En efecto, para vivir

<sup>11</sup> Jorge Acosta: *Exploraciones en Tula-Hidalgo*, Revista Mexicana de Estudios Antropológicos, México, 1944, p. 25.

<sup>12</sup> Jorge Acosta: *Interpretación de algunos datos obtenidos en Tula, relativos a la época tolteca*, Revista Mexicana de Estudios Antropológicos. Tomo XIV. Segunda parte. México, 1950-1957. Pp. 75 a 110.

en un lugar de la manera estable y prolongada que implica la fabricación de esta enorme cantidad de cerámica Azteca, los invasores hubieran debido, o bien ocupar las construcciones existentes, o bien construir otras nuevas. Ni una ni otra de estas hipótesis es aceptada: la primera, a causa de la expresa certidumbre de la destrucción; la segunda, por la ausencia de superestructuras, ya que el piso es, en todos los casos estudiados, "el único encontrado en todo el corte".

Al descartar de la vida de la ciudad la cerámica que recubre sus edificios y marca sus cimientos, Tula-Hidalgo queda poco menos que desprovista de vajilla. Esta pobreza de objetos en un gran centro urbano, es menos convincente aún si se analiza su verdadera relación con la cerámica pintada en rojo que es la única que se supone contemporánea.

Entre las variantes que éste ofrece, la mejor indetectable gracias a la peculiaridad de sus motivos es la nombrada *Coyotlatelco* de acuerdo con la localidad donde fue descubierta a principios del siglo.

Dada la escasez de material, el arqueólogo Alfred Tozzer se limitó entonces —en un breve informe que las vicisitudes de la investigación habrían de hacer famoso— a ilustrar sus descubrimientos con sólo dos láminas (Fig. 5) y una descripción que nos permitimos reproducir por su carácter ya clásico:

"El tipo *Coyotlatelco* se caracteriza por un baño amarillo y por un variado dibujo en rojo. Tiene un buen pulimento. El amarillo varía convirtiéndose a veces en crema. Las formas de las vasijas también varían, predominando la de un cajete semi-esférico con o sin soportes. Los dibujos se encuentran tanto en el exterior como en el interior; raramente la misma pieza está decorada en ambos lados. El dibujo está generalmente compuesto de varios elementos integrados en bandas horizontales alrededor del cajete y separados por espesas líneas rojas a veces de un centímetro de ancho. Una banda cubre casi siempre el borde, comúnmente por la parte interior. Los elementos del dibujo son principalmente geométricos, con un cierto número de motivos curvilíneos. . . El dibujo más corriente es el de una línea ondulante que recorre toda la pieza. Esta línea serpentina puede cortar verticalmente una banda decorada. . . Una variación consiste en motivos en S o Z distribuidos sobre toda una zona o puestos en líneas definidas alrededor de toda la pieza." <sup>13</sup>

<sup>13</sup> Tozzer M., Alfred: *Excavation of a site at Santiago Ahuizotla, D. F. México*, Smithsonian Institution Bureau of American Ethnology, Bulletin 74. Washington Government printing Office, 1921. p. 51.

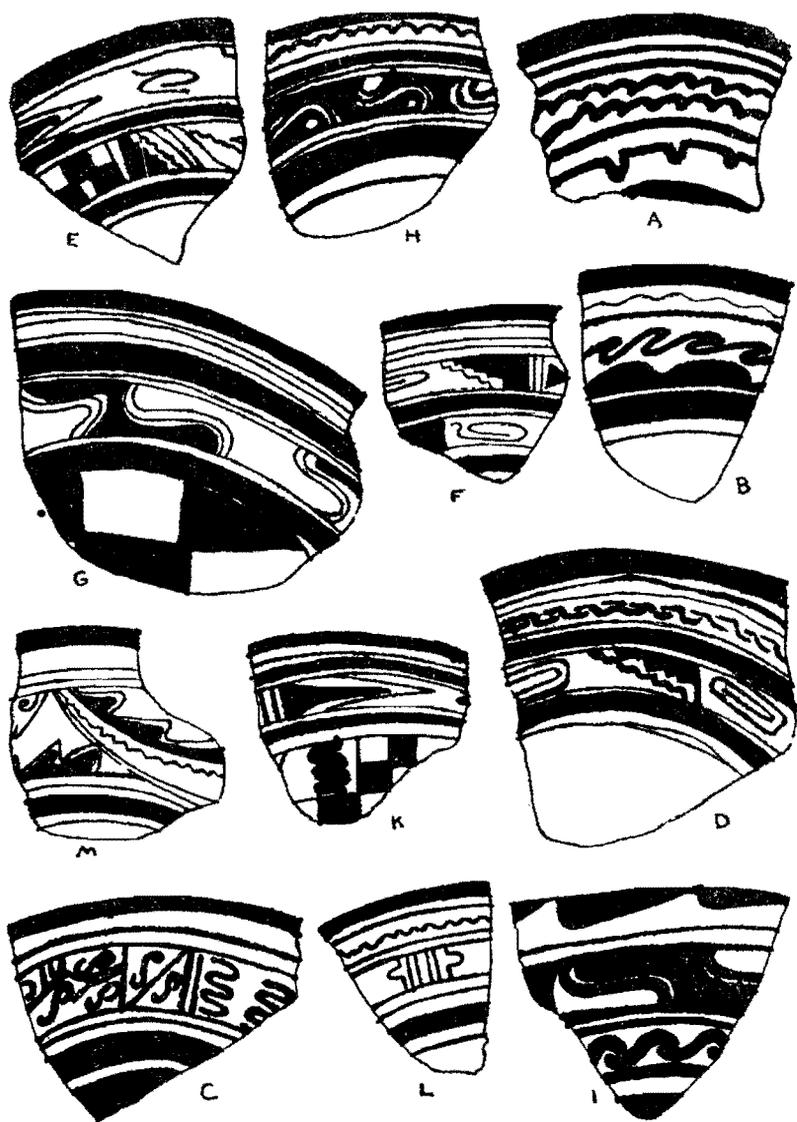
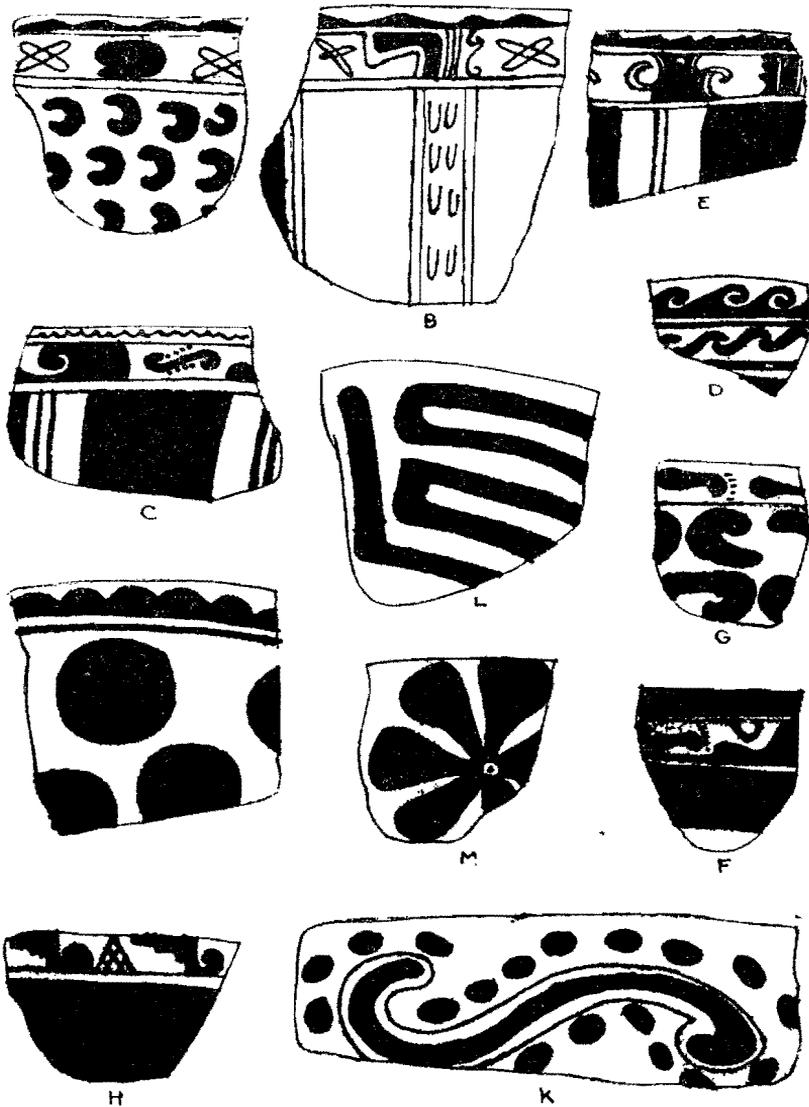


FIG. 5. La cerámica rojo-sobre-crema,



encontrada en Coyotlatelco.

De todas estas variantes, únicamente la línea serpentina será mantenida ulteriormente en grupos monótonos, combinando el sentido horizontal con el vertical. Esta variante fue denominada *Mazapan*, por el lugar en donde apareció por primera vez, a pesar de que su constante presencia en edificios del período clásico, hace de ella un motivo más de los que caracterizan a Teotihuacan. (Fig. 6). Curiosamente son estas dos clases de cerámica las que se consideran como representativas de Tula<sup>14</sup> mientras que los cuadros cronológicos existentes y todos los informes de exploraciones testimonian invariablemente lo contrario.

En efecto, se puede comprobar que la tabla 1 señala tres únicos tiestos de tipo *Mazapan* (rubro E) encontrados en la construcción, contra 682 Aztecas. Las tablas 3 y 4 no señalan ninguno.

En cuanto al *Coyotlatelco*, es tan poco característico de Tula-Hidalgo, que no figura en los cuadros. El único rubro que podría designar algo aproximado, sería el B: *café pulido, con tres soportes y decoración roja*. Además de la extrema escasez que impide considerar esta cerámica como fundamental, las ilustraciones que acompañan los cuadros y los informes de los años posteriores la muestran como un tipo decididamente extraño al *Coyotlatelco* (Fig. 7). Se trata de burdas piezas sin baño y recubiertas de bandas amorfas que no poseen ninguno de los múltiples rasgos fuera de los cuales es sencillamente ilícito hablar de *Coyotlatelco*.<sup>15</sup>

Es decir que, si se suscribiera el singular razonamiento que pretende que los restos de la cerámica de una ciudad deben encontrarse en el subsuelo —con semejante criterio un arqueólogo del futuro atribuiría a los mexicanos de la era astronáutica el uso de vasijas precolombinas— debe aceptarse que los habitantes de Tula-Hidalgo no conocieron, por así decir, el uso de la cerámica.

Esta anomalía es tan evidente, que llega a preocupar al mismo autor: al cabo de dieciocho años de grandes temporadas de exploraciones; Acosta comprueba que aparte de la cerámica Azteca, Tula-Hidalgo no posee más que pobres muestras, poco dignas de figurar como expresiones culturales de una metró-

<sup>14</sup> Acosta, J.: 1957, p. 83.

<sup>15</sup> Tozzer, A.: texto citado.

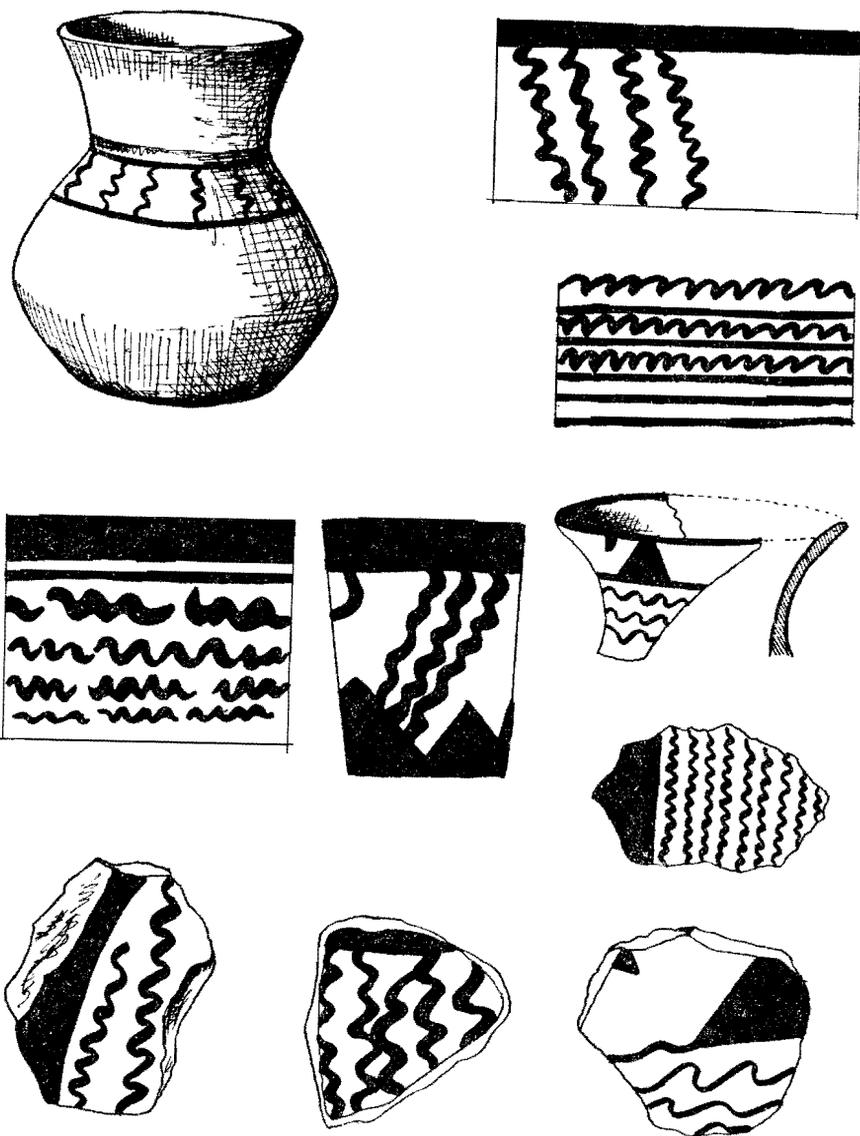


FIG. 6. El llamado Mazapa encontrado en asociación con lo más puro teotihuacan en Yayahuala.

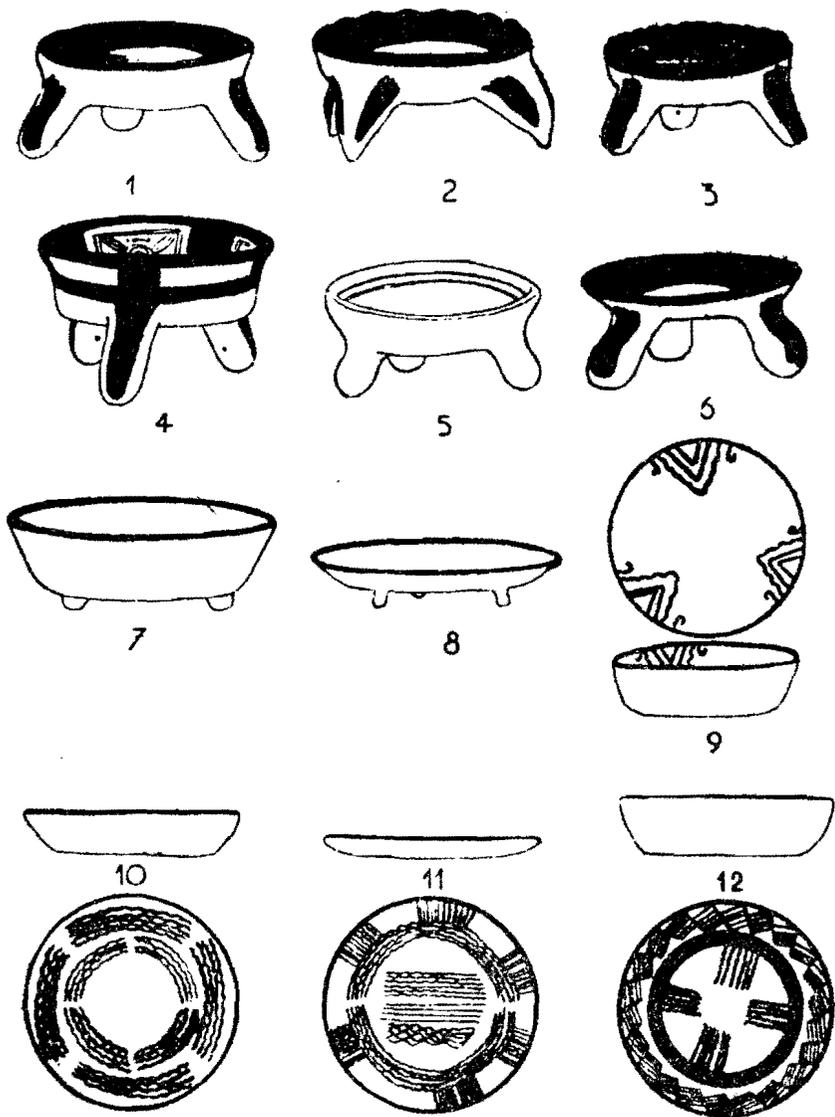


FIG. 7. La cerámica rojo-sobre-crema de Tula, Hidalgo.

poli. Para evadirse del obstáculo creado por su falta de objetividad, formula predicciones algo inesperadas:

La mayoría de las piezas halladas hasta ahora pertenecen a las de uso doméstico y por lo tanto no hacen justicia a la alfarería tolteca. Por esto se ha formado un criterio falso sobre ella. Cuando se descubra el panteón de la ciudad, entonces tendremos que cambiar algunos de nuestros conceptos sobre su valor estético...<sup>16</sup>

Enfrente de tan auténtica revelación profética, sería de mal gusto preguntar sobre qué datos se basa la afirmación según la cual la cerámica representativa de una ciudad debería encontrarse encerrada en un probable cementerio. Nos permitimos, sin embargo, la indiscreción de remitir a nuestro informe sobre *Zacula*<sup>17</sup> para que se tenga una idea de lo que los escombros de un edificio (descubierto en sólo tres modestas temporadas de trabajo) pueden proporcionar de enseñanzas relativas a sus ocupantes.

No obstante, todo resulta muy simple si en lugar de ejercer una presión arbitraria sobre el material arqueológico, nos esforzamos por escuchar humildemente su lenguaje. Examinados con este espíritu, los tiestos de Tula-Hidalgo demuestran que, salvo unos fragmentos de profundidad, su cerámica pintada en rojo no es más que una versión desfigurada del *Coyotlatelco* que viene a confirmar a esta ciudad en el mismo lugar cronológico que le confiere la cerámica pintada en negro. Porque el Azteca III que la caracteriza, no puede, lógicamente, ser contemporáneo más que de un *Coyotlatelco* tardío y degenerado.

En efecto, el verdadero *Coyotlatelco* está en Tenayuca, tanto en el interior de la pirámide como en todos los niveles de los pozos estratigráficos (Figs. 8 y 9), asociado al fin del Azteca I y al apogeo del II.<sup>18</sup> En Culhuacan, está unido todavía a restos del clásico.<sup>19</sup>

Ahora bien, resulta que este misterioso *Coyotlatelco* —misterioso por no estar en ninguna parte integrado a un auténtico conjunto cultural— no es más que una de las innumerables

<sup>16</sup> Acosta, J.: 1956-1957, p. 86.

<sup>17</sup> Séjourné, L.: *Un palacio en la Ciudad de los Dioses*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1959.

<sup>18</sup> *Tenayuca*, op. cit., pp. 175-176-177 y tabla comparativa frente tabla LV.

<sup>19</sup> Laurette, Séjourné: *Informe del material encontrado en Culhuacan*. Inédito. 1962.

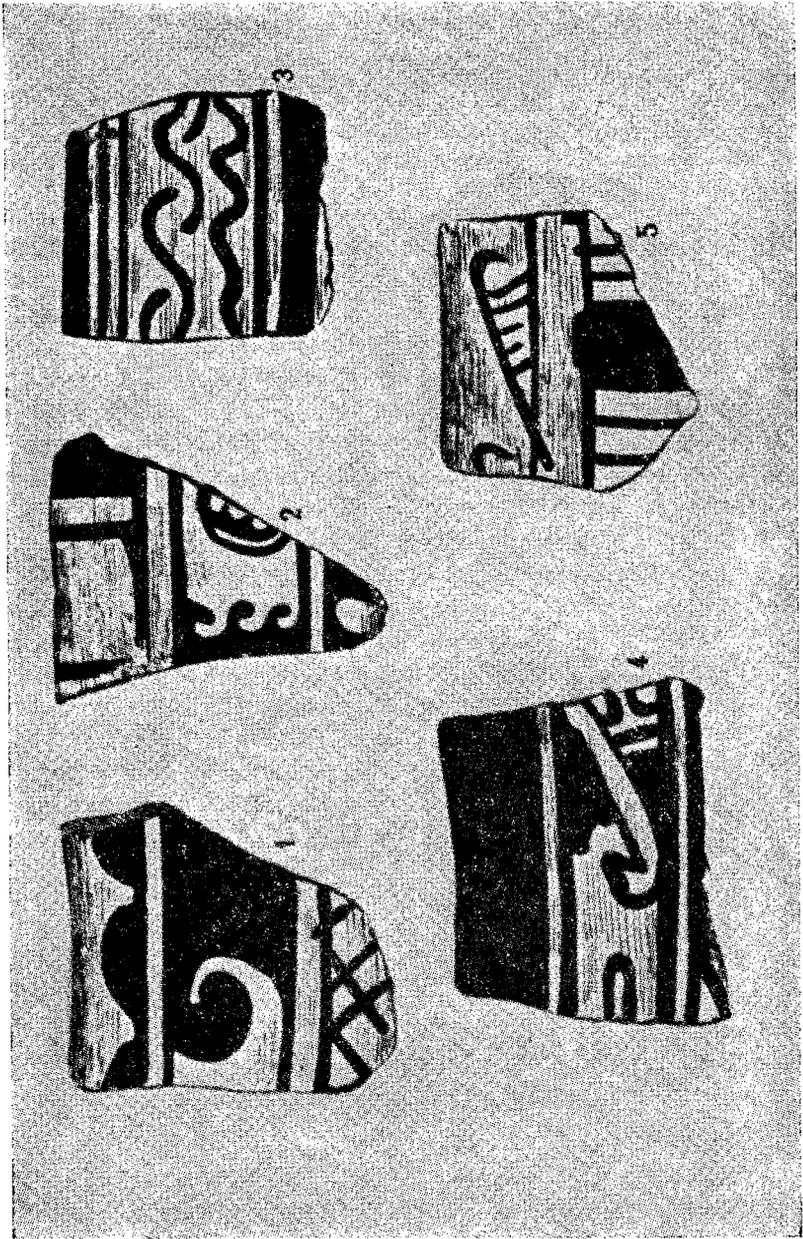


FIG. 8. La cerámica rojo-sobre-crema de Tenayuca.

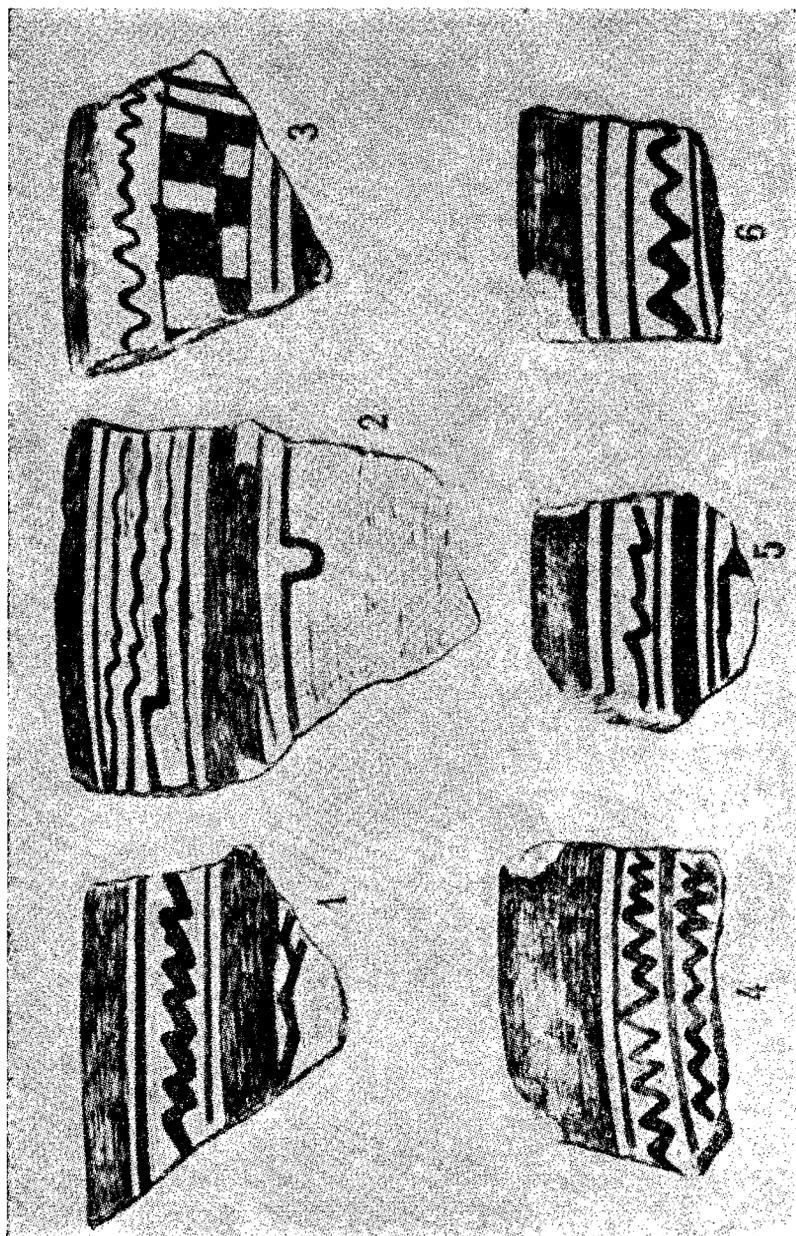


FIG. 9. La cerámica rojo-sobre-crena de Tenayuca.

variedades de cerámica propias de Teotihuacan: encontrada en abundancia y en los estratos más profundos de Zacuala,<sup>20</sup> su decoración pintada sobre baño ocre es, con mucho, la más importante entre el medio millón de tiestos y de figurillas teotihuacanas proporcionado por el *basurero* que tuvimos la suerte de descubrir en la base de los muros exteriores del edificio de *Yayahuala*.<sup>21</sup> Su identidad con los especímenes de Tozzer es absoluta (Figs. 10 y 11), con la diferencia de que, aparecida aquí ya no por decenas, sino por decenas de millares, revela naturalmente una riqueza hasta ahora desconocida.

Es necesario recordar que en su informe, Tozzer señala en varias oportunidades la liga estrecha que existe entre el nombrado *Coyotlatelco* y los objetos teotihuacanos.<sup>22</sup>

Por otra parte, el profesor Eduardo Noguera descubre en el interior mismo de la Pirámide del Sol, la presencia de:

“...una cerámica con decoración roja sobre amarillo constituida por gruesas líneas rojas en forma ondulante; por líneas que se cruzan; por delgadas líneas verticales seguidas de una banda ancha, y en otras ocasiones, estas líneas rematan en gruesos motivos circulares... La roja sobre amarillo es muy abundante, 16.59%...”<sup>23</sup>

Como se ve, esta descripción se ajusta con perfecta exactitud a los motivos de Zacuala y de Yayahuala. El mismo Profesor Noguera aporta pruebas suplementarias en cuanto al carácter teotihuacano de esta cerámica. Primero, descartando la posibilidad que pueda confundirse con la de épocas anteriores:

“...El examen de las citadas variedades (Zacatenco Intermedio y Ticoman) y su comparación con la que nos ocupa, señala que sus analogías son muy remotas dado que, en la procedente de las Pirámides del Sol, los motivos son especialmente anchas líneas ondulantes y motivos de gruesos puntos...”<sup>24</sup>

Segundo, poniendo de relieve su contemporaneidad con el resto del material de la Pirámide:

<sup>20</sup> Séjourné: *Un Palacio*, obra citada.

<sup>21</sup> Noguera, Eduardo: *Exploraciones en Yayahuala, Teotihuacan*, Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, Julio 1961.

<sup>22</sup> Tozzer: *op. cit.*, p. 51.

<sup>23</sup> Noguera, Eduardo: *Antecedentes y relaciones de la Cultura teotihuacana*, páginas 14 y 56

<sup>24</sup> Noguera, E.: obra citada, p. 62.

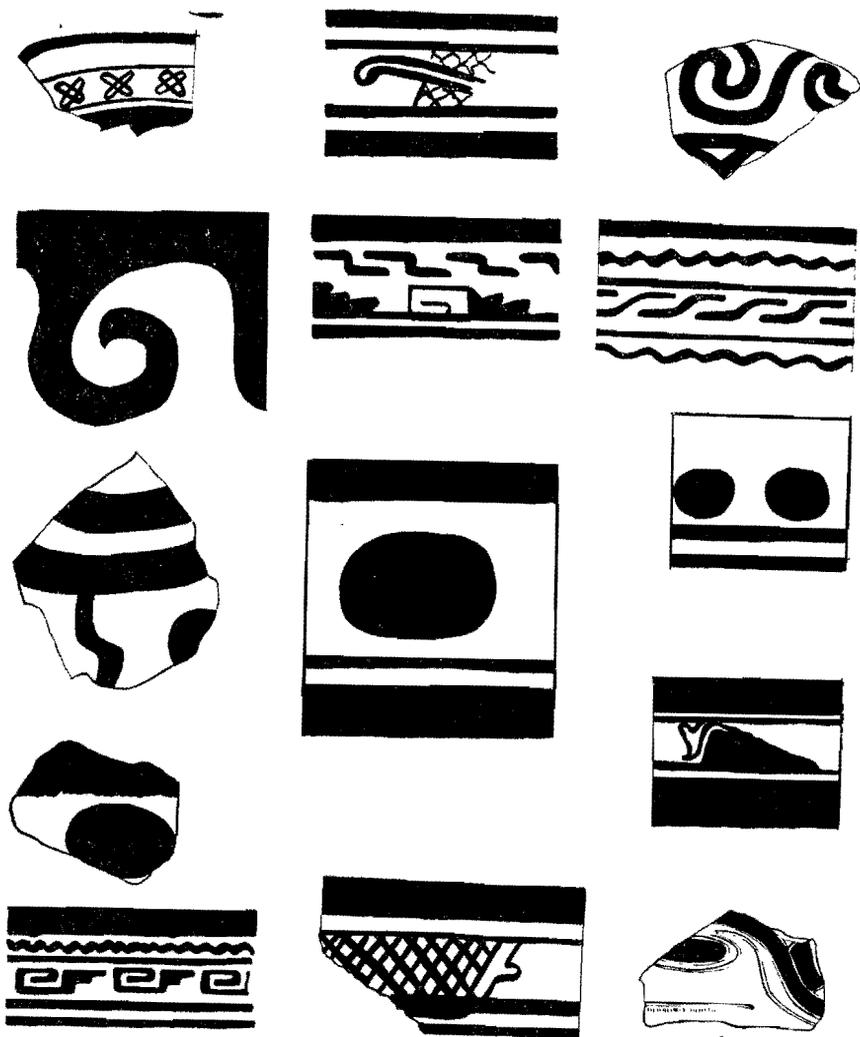


FIG. 10. La cerámica rojo-sobre-crema de Teotihuacan.

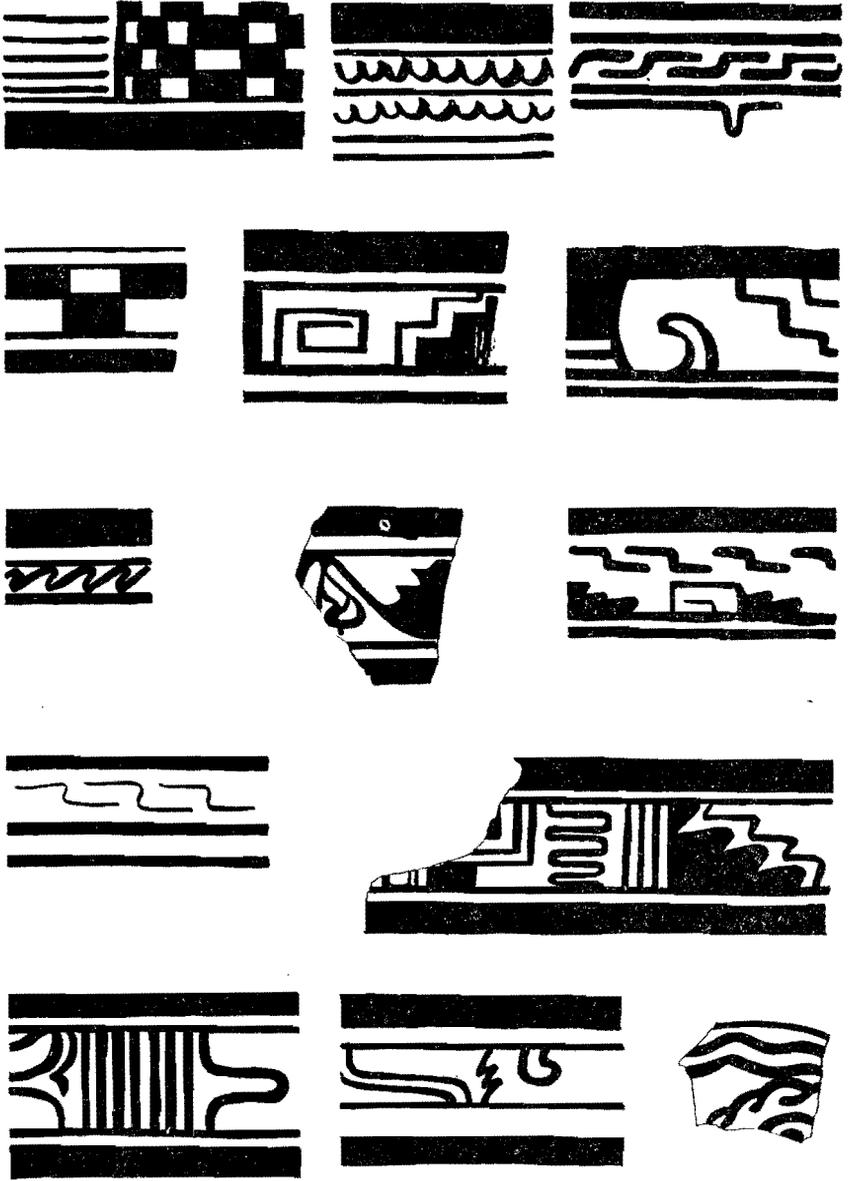


FIG. 11. La cerámica rojo-sobre-crema de Teotihuacan.

“...la cerámica de decoración rojo sobre amarillo, también acusa contemporaneidad por lo que se refiere a las formas semejantes y misma clase de barro...”<sup>25</sup>

Tercero, recordando, en fin, la experiencia de investigadores tan respetables como A. L. Kroeber y Georges Vaillant:

“El Dr. Kroeber practica algunos cortes en el interior del primer túnel que se abrió en el interior de la Pirámide del Sol... y encuentra que la cerámica procedente de la Pirámide es en su mayoría de decoración pintada, sobre todo rojo y amarillo, que excede de otros colores y combinaciones...”<sup>26</sup>

“...Georges Vaillant encontró tres grandes períodos o fases. Primero, predominancia de la cerámica pintada sobre la esgrafiada y que se encuentra en los adobes de los edificios explorados...”<sup>27</sup>

Después de tantas vicisitudes, esta cerámica encuentra, al fin, su verdadera patria. La integración a la vasta unidad cultural teotihuacana, de un elemento que se prolonga hasta en plena fase chichimeca, es capital para la comprensión de la historia precolombina: es como si frases de un idioma desconocido pero determinante, llegaran de pronto a insertarse en una lengua gloriosa; como si lo que se pensaba dialecto de una aldea se revelara con el estudio, expresión de la más pura lengua castiza.

Con esta integración, las afirmaciones de los Cronistas en cuanto a la dependencia de los *Chichimecas* hacia el periodo creador está, no sólo confirmada, sino que encuentra una base concreta sobre la cual apoyarse. Porque, lejos de tratarse de vagas referencias que puedan interpretarse a voluntad, estamos aquí sobre el terreno sólido de los hechos: la cerámica pintada en rojo en Culhuacan y en Tenayuca no puede haber sido fabricada más que por los mismos ceramistas de Teotihuacan. En efecto, la identidad de la arcilla, de las formas, de los motivos y del pulimento, es demasiado absoluta para que se pueda pensar en fabricaciones locales, y esto tanto más, cuanto que estos elementos tan estrechamente ligados al conjunto de la producción de la Ciudad de los Dioses, aparecen, en Culhuacan y en Tenayuca, extraños a todos aquellos que caracterizan a estos dos lugares. Por otra parte, la ausencia casi completa de

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 4.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 3.

este tipo en Tula-Hidalgo, así como las pobres réplicas que de ella hacen sus habitantes, parecen revelar, al mismo tiempo que el prestigio de esta cerámica, la incapacidad de los centros chichimecas para reproducirla.

De manera que, a la vez que confirma la cronología de los siglos guerreros establecida por las diversas clases de cerámica Azteca, la cerámica pintada en rojo devela la sobrevivencia de Teotihuacan hasta la víspera de la fundación de Tenochtitlan, puesto que el Azteca III, con el cual ella mezcla sus restos últimos en los basamentos de Tula-Hidalgo, marca ya el advenimiento de la capital tenochca.

Esta sobrevivencia cultural de Teotihuacan —ya que el poder político había pasado desde largo tiempo a otras manos— explica la presencia en sus templos y sus palacios de técnicas decorativas, de estilizaciones de motivos y del trabajo del teocalli, hasta ahora situados en el post-clásico.<sup>28</sup>

Un último elemento viene a consolidar el puente que la cerámica pintada en rojo ha tendido entre el período clásico y el chichimeca. En efecto, el análisis demuestra irrecusablemente que sus motivos y sus formas se prolongan en la cerámica azteca: las centenas de millares de tiestos<sup>29</sup> provenientes de las nuevas exploraciones realizadas en Culhuacan en diciembre de 1961 por los profesores Eduardo Noguera y Josefina Oliva, están revelando que el Azteca I no es más que una variante de la cerámica rojo-sobre-ocre.<sup>30</sup> De más está decir que este punto será ampliamente tratado en el informe que preparamos actualmente con la ayuda inapreciable de los investigadores aludidos.

La comprobación de que la fase chichimeca hunde sus raíces en pleno período clásico, proyecta una viva luz sobre los siglos caóticos que preceden al Imperio tenochca. Así como lo afirman los textos, se hace arqueológicamente patente, entre otras cosas, que los nómadas que van poco a poco integrándose a la civilización náhuatl debieron llegar desprovistos de todo bagaje cultural. De donde se deduce que las tentativas por encontrar los orígenes de la cerámica azteca fuera del Altiplano, no pueden ser más que estériles y que los rasgos nahuas que inter-

<sup>28</sup> Séjourné, L.: *Informe sobre materiales arqueológicos encontrados en Yahuala*. (Inédito.)

<sup>29</sup> Es de notar que Culhuacán es posiblemente el centro arqueológico que encierra la más grande cantidad de tiestos después de Teotihuacan.

<sup>30</sup> Compárese a este efecto las ilustraciones Núms. 1 y 2 con las Núms. 6, 10 y 11.

vienen en los relatos de las peregrinaciones chichimecas deben probablemente constituir anacronismos. De todos modos, es fácil prever la riqueza de enseñanzas históricas que es susceptible de aportar esta simple aclaración.

Esperemos que este tedioso ensayo técnico pueda, por lo menos, lograr transmitir un poco de nuestra convicción en cuanto a la trascendencia del estudio de la cerámica. Como lo decimos más arriba, el obstáculo para su realización reside en la naturaleza de una tarea que, a más de ser inimaginablemente dilatada y meticulosa, presenta el riesgo de resultar ingrata si no es cumplida con la constancia que exige. Porque es únicamente después de una frecuentación asidua y muy prolongada, que la masa inerte que componen estas infinitas partículas del pasado se reanima y se pone en movimiento.

La responsabilidad peculiar del arqueólogo de México es, en fin de cuentas, la aceptación de un pacto de trabajo más arduo y complejo que el de cualquiera otra disciplina. Ahora bien, es imposible que la elaboración de algunos tecnicismos desprovistos de sentido vital puedan comunicar jamás un ardor perdurable. A nuestro entender, el impulso indispensable se adquiere sólo al alcanzar la plena conciencia del auténtico significado de la cultura prehispánica, de su prodigioso logro espiritual, de su importancia para la historia universal del pensamiento y del valor esencial que tendría su redescubrimiento para el mexicano de hoy.

